

CUANDO LOS VENENOS CURAN

La luz nos permite ver las cosas y disfrutar de los colores pero mucha luz nos deslumbra y si aumenta, nos puede cegar definitivamente. Cualquier sustancia puede llegar a ser nociva, dependiendo de la cantidad que se emplee la cosa más inocente puede representar un grave peligro para la salud. También la circunstancia puede hacer que algo banal se transforme en un tóxico peligroso, así un delicioso pastel puede dañar o incluso matar a un diabético, o un plato de fresas a una persona alérgica. Estas dos nociones, la cantidad y la disposición personal son las que van a determinar que algunas cosas sean tóxicas o banales.

Hay otras sustancias, poderosas en sí mismas, que en muy pequeña dosis y en cualquier persona producen grandes daños, actúan como eficaces agentes en lugares clave de nuestro metabolismo donde cualquier pequeño obstáculo o desviación anula o altera órdenes y como consecuencia, el dolor, la locura o incluso la muerte, se presentan rápida o insidiosamente. La velocidad a la que aparece el daño y la forma en la que se presenta dependen de la repetición del contacto, de la manera en que nos exponemos. Pequeños daños que se van acumulando es la forma de acción de los hábitos tóxicos y de los contaminantes ambientales, venenos de acción lenta, invisible, cuando salta la alarma el daño es ya irreparable. Otros son de acción rápida, en poco tiempo las lesiones producidas son ya definitivas.

Los podemos encontrar en todos los reinos de la naturaleza, entre los minerales los famosos compuestos del arsénico usados desde la antigüedad para eliminar reyes o maridos. Armas preferidas por las mujeres pues su uso no requiere fuerza sino astucia. O los derivados del fósforo, armas sutiles para las acciones de guerra más crueles. En compuestos ácidos o básicos, los minerales son venenos definitivos que actúan por destrucción de la célula.

El punto de vista poético, bucólico, inocente de la naturaleza que percibe únicamente el aspecto bello de plantas y animales está muy alejado de la realidad. La vida y la muerte están estrechamente entrelazadas, la una asienta sobre la otra en un incesante dinamismo y alternancia. Comer, sobrevivir, implica destruir otras formas de vida. Proteger la existencia de la especie obliga en muchas ocasiones a destruir o al menos disuadir a depredadores y comensales oportunistas. Plantas y animales de todos los órdenes y tamaños han desarrollado estrategias de sobrevivencia y protección en las que los venenos juegan un importante papel.

El veneno como arma ya está presente en el mundo de las plantas, se podría decir que lo inventaron ellas, tan pacíficas aparentemente, han desarrollado poderosos agentes químicos con los que se protegen o

seleccionan a sus depredadores o los producen sus raíces para disolver la piedra y abrirse camino en el duro suelo. Los venenos vegetales son extraordinariamente variados, bajo una apariencia de belleza inocente, en hojas o en flores, encierran un peligro para inadvertidos e incautos. Plantas de floración espectacular como la adelfa, muy usada por éste motivo en los jardines, contienen tóxicos que pueden ser mortales para un niño. Entre los animales, especialmente los insectos y reptiles son maestros en el uso del veneno y ésto les permite, a pesar de su fragilidad o pequeño tamaño, hacerse un lugar en el mundo y consiguen sobrevivir en circunstancias muy adversas. Lección aprendida por pueblos cazadores que con pequeñas flechas pueden abatir grandes piezas gracias a extractos vegetales como el curare que las paraliza rápidamente.

El veneno que nos destruye rápida o lentamente que nos paraliza o nos ahoga, que nos impide pensar o nos distorsiona la realidad haciéndonos ver lo que no hay, puede venir del exterior pero también forma parte de nuestras posibilidades internas de fabricación, podemos elaborarlo en nuestro interior e intoxicarnos con los productos de nuestro propio metabolismo o con las secreciones de bacterias, hongos o virus alojados dentro de nuestro organismo. Muchas enfermedades no son sino intoxicaciones que nuestros sistemas de limpieza no han sido capaces de eliminar, de ahí la eficacia de los ayunos y las dietas depurativas para aliviar o incluso resolver patologías a veces muy graves.

Hay otros venenos aún más sutiles que también los elaboramos dentro de nosotros mismos, son emociones que nos envenenan la sangre no solamente en un sentido figurado, sino que también determinan las secreciones hormonales que acabarán provocando lesiones físicas. Una palabra dicha al azar, una carta, una simple mirada pueden introducir el odio o generar la ira o extender la calumnia. El resto de un perfume inculca el veneno de los celos que ahogan, asfixian o enloquecen, el odio distorsiona la realidad, la ambición exagerada provoca asesinatos y si es en forma de plaga social desencadena guerras.

Así los venenos son sustancias capaces de alterar profundamente nuestro funcionamiento normal, de provocarnos síntomas de evolución aguda o crónica tanto en el cuerpo como en la mente. Tienen el poder de desarrollar enfermedades y ésta capacidad de inducir cambios en el estado de salud los convierte en instrumentos susceptibles de ser usados para matar o para curar dependiendo de la mano que los usa. El poder depositado en las cosas es neutro, ni bueno ni malo, darle un uso beneficioso requiere no solamente el conocimiento de sus posibilidades sino también la limpieza de la intención del que lo va a usar. Esta higiene sutil, interna e invisible a primera vista, representada en el médico por la bata blanca, es tan indispensable en la tarea médica como la asepsia de los instrumentos, pero como todo lo que no es tangible y no se puede ni pesar ni medir, fácilmente olvidada. El médico usa el poder que le brindan elementos químicos con enorme capacidad tóxica tratando de que su acción sea lo más selectiva posible hacia el objetivo marcado, a pesar de ello los

efectos colaterales y el uso imprudente de la medicina química provocan a su vez graves envenenamientos y adicciones.

La naturaleza, la vida misma en un sentido amplio, nos regala con frutos dulces que podemos comer directamente de la planta, nos nutren y nos dan placer al mismo tiempo, y también otros de sabor amargo imposibles de asimilar, aparentemente dañinos, que no se pueden utilizar de manera inmediata sino que requieren una transformación o una maceración en el tiempo para que podamos descubrir sus beneficios. Pero ¿cómo transformar el veneno de la serpiente en medicina?, ¿donde se esconde el beneficio de plantas como el Estramonio?, ¿es posible que el letal Arsénico pueda aliviar el sufrimiento?.

La creencia de que Dios concedió el mundo con todos sus seres al servicio del hombre ha justificado muchos excesos y destrucciones irrespetuosas, también ha contribuido al éxito tan grande de nuestra especie, hemos proliferado tanto, que nos hemos convertido en una amenaza para el equilibrio y la sobrevivencia de las demás especies, incluida la nuestra. Pero ésa creencia de que todo está a nuestro servicio chocaba con la constatación de la existencia de especies venenosas y de animales portadores de tóxicos que únicamente podían servir, aparentemente, a la maldad del hombre. Arañas, serpientes, sapos, escorpiones forman un ejército asociado al daño, pueblan desde antiguo las fantasías de terror y las pesadillas.

Como en todos los grandes descubrimientos que han significado un beneficio y una mejora en la vida de los hombres, la mano misteriosa de la Casualidad intervino en la vida del Dr. Hahnemann para hacerle ver la similitud entre los síntomas producidos por la intoxicación que padecían los trabajadores que se dedicaban a la extracción de la quinina, a partir de la corteza del árbol *Cinchona regia*, con las fiebres palúdicas que la misma quinina es capaz de curar. Un veneno, la quinina, servía para curar una enfermedad, el paludismo. La pista que nos va a permitir encontrar la sustancia apropiada a cada caso es la semejanza entre los síntomas de la intoxicación y los de la enfermedad. A partir de entonces las descripciones de las intoxicaciones, accidentales o voluntarias, se convierten en una valiosa información que permite saber lo que una sustancia es capaz de curar ya que conocemos el cambio que determina en el estado de salud de una persona sana. La solución está escondida en el problema mismo, el antídoto en el propio veneno o mejor aún en uno de acción muy semejante.

Tratándose de venenos es fundamental el asunto de las dosis. Reducir la cantidad de tóxico diluyéndolo progresivamente, es la forma de minimizar el efecto nocivo de ésa sustancia. Pero si seguimos diluyendo más allá de cualquier posibilidad de efecto tóxico, no solamente evitamos cualquier posibilidad de hacer daño, sino que descubrimos otro nivel de acción del preparado, otros síntomas más sutiles, pero no menos graves, van a ser modificados cuando las diluciones son más elevadas. De nuevo la Casualidad intervino para hacernos ver otras posibilidades del remedio

homeopático, capaz de actuar modificando síntomas del área emocional y psíquica, más antiguos y más profundos cuanto más disuelta es la sustancia original.

Mediante la clave de la semejanza y la técnica de la dilución los más terribles venenos se transforman en maravillosos instrumentos de curación, en poderosos remedios para aliviar el sufrimiento tanto físico como psíquico de los hombres y también de los animales.

Dr. Miguel Luqui
Octubre del 2005
Barcelona